

Claudio Martinez Paiva

!Indio!

Poema original:

En el centenario de tu olvido
Hijo del vasto campo abrupto, y de la larga
serranía, y del lano
y de la amarga pena
del continente americano.

¡Indio!
Sobra errante
en la noche sin astros
de tu propio dolor ¿cuál es tu sino?
Vivir en la inquietud de cada instante,
en vaminos sin fin perder tus rastros
y no hallarte jamás con tu destino!

¡Indio!
¡Expresión de la América
libre!; en tus inquietas
selvas enmarañadas
hay todavía silbos de saetas
y vibraciones trágicas de espadas;
pero en tu alma dormida
la fe viril de tu pasado ha muerto
y eres todo tú mismo, un gran desierto,
donde vaga el azar su propia vida.

¡Indio!
Raza en derrota,
progenie del tormento
que va hacia su calvario
la frente humilde y la esperanza rota;
sin odio, sin reproche y sin lamento!
Como un mudo viajero
maldecido por Dios, callado pasas
por la desolación de tu sendero;
ningún ideal te alienta,
en ninguna ilusión tu pecho abrasas
ni ninguna alegría te alimenta.

Ya ni sabes reír, indio maldito,
ha caído de ti toda esperanza,
te presentes Abel en el delito
y tel llena de miedo la venganza.
Sepultado en ti mismo
vives en la desdichada subconsciente
de saberte inocente
y amar tus lacras y adorar tu abismo.
Y tú eras sin embargo
en épocas lejanas
el dueño altivo, de las cumbres canas,
del valle fértil y el camino largo!
No tenía tu planta
límite, ni tu intento
valla, y tu garganta
al vibrar en la sierra
era como una enorme voz del viento
que hacía estremecer toda la tierra!
En tu invencible mano
la fuerza retenía
el rayo de la acción: en ella había
en lucha desigual, traidora y fiera
roto su lanza el caballero hispano
y su filo la garra carnícera.
Eras soberbio entonces!
Te miraban las águilas bravías
llenas de admiración: brazos de bronce
semejaban tus brazos; todo entero
parecías construido
de dura roca y martillado acero!
Las selvas infranqueables
se abrían a tu paso
y las torvas manadas
de negros jabalíes
haciendo en la espesura leve brecha
esquivaban rugiendo tus pisadas
y el certero espolazo de tu flecha.
Eras todo y por serlo te aplastaron
la confianza y el tiempo y tu inocencia
y la cruz sin Jesús que te colgaron
y el misterio sin Dios de tu creencia.
Y así vagas ahora
al festejar su redención los otros,
nómade a pie, por la región que otrora
hizo temblar el casco de tus potros.
Nada queda de ti y tú pudiste

ser en la fiesta del solar nativo
todo nuestro pasado redivivo
en tu extraña figura de hombre triste.
Tú que por ley de justiciera herencia
debiste reclamar para tu gloria
la primera actitud de independencia
y la primera página en la historia!

¡Indio!
Cuando todos te olvidan,
cuando todos te ignoran
y sobre tu dolor, coros levantan
y ni almas vírgenes te cantan
ni los niños te lloran,
surges en mí, sereno,
hermoso, grande y lleno
de tu esplendor lejano.
Serenos y tristes, silenciosos y buenos:
sin patria, sin destino y sin hermano!